

Matilde comió poco, achacando a su embarazo lo que era efecto de su pena: Pablo la examinaba atentamente, pareciéndole que estaba hinchada y pálida en demasia. Después de almorzar se dirigieron al manicomio, pasando por la plaza del Salvador, donde está la iglesia, y siguiendo a la derecha por una calle que se retuerce entre los muros del hospital de alienados y una fila de casas bajitas.

El manicomio es un edificio grande, dividido en dos cuerpos por un patio rectangular sembrado de árboles. Un portero con gorra galoneada salió a recibirles.

—Queremos—dijo Matilde—ver a un enfermo que trajeron de Madrid hace dos o tres días.

—¡ Ah, sí!... ¿ Un pintor?

—Precisamente.

—¿ Traen ustedes permiso?

—No; pero creo que el señor director no tendrá inconveniente en concedérselo.

—Entonces, esperen ustedes aquí—dijo el empleado—; voy a decírselo a su secretario.

Estaban en un zaguán grande y húmedo, de cuyo techo pendía una farola: la joven, temblando de emoción y de frío, se sentó en un banco; Pablo, según costumbre, paseaba delante de ella, los brazos cruzados a la espalda. Los empleados del establecimiento que pasaban por allí, se descubrían respetuosamente, mirándoles con curiosidad de labriegos provincianos, como si aquellos visitantes inspirasen recelos. Después apareció una Hermana de la Caridad, que les preguntó sin levantar los ojos del suelo:

—¿ Los señores deseaban ver al señor Claudio Antúnez?...

Matilde Landaluce se apresuró a responder:

—Sí, hermana, estamos a sus órdenes.

—Bien, bien—repuso la religiosa—, síganme.

—Dile que queremos ver el establecimiento—murmuró Estrada—; entonces, ¿ a qué hemos venido?...

Calló, porque junto a ellos pasaron dos religiosas: eran pequeñas, feúchas, con esos semblantes pálidos y gordinflones de la gente que vive a la sombra.

—En este corredor están los enfermos distinguidos, los que pagan—dijo la hermana.

Y agregó, abriendo la puerta:

—Miren este cuarto: así son todos.

Era una habitación grande, estucada y muy clara, con tres camas y un lavabo con espejo y piedra de mármol. En ella había un anciano que se les acercó diciendo:

—Yo le conozco a usted.

Estrada, que permanecía en la puerta sin atreverse a entrar, hizo un gesto evasivo, no sabiendo qué responder.

—¡ Ya lo creo que le conozco!—añadió el viejo aturdiéndole con la impertinente mirada de sus ojos glaucos—, y usted también me conoce....

—Vaya, hermano—interrumpió la religiosa—, retírese que hace frío...

Y cerró la puerta.

—¡ Ah!—exclamó Pablo—¿ pero es un loco?

—Sí; el infeliz tiene la manía de conocer a todo el mundo.

En la pared izquierda del corredor había una serie de ventanas que daban a un patio, en el cual paseaban varios enfermos: algunos permanecían inmóviles, la vista fija en el suelo; otros corrían de un sitio a otro, recitando versos; otro accionaba dando órdenes, como aleccionando un pelotón de quintos.

—¡ Media vuelta a la derecha; media vuelta a



la izquierda...! ¡ De frente...! ¡ marchen...! un, dos; un, dos...

—Ese era militar—dijo la hermana viendo la sorpresa con que sus acompañantes miraban a los locos—, perdió el juicio a consecuencia de la caída de un caballo. Aquél fué periodista. El señor Antúnez ocupa un cuarto al final de este corredor; es pobre y no sé cómo le han traído a este departamento.

Matilde estaba tan emocionada que no pudo responder, y se ahogaba como si el feto hubiese hecho algún movimiento hacia arriba y la comprimiese los pulmones.

—Dicen—prosiguió la religiosa—que era un artista de mucho talento.

—¡ Oh!—exclamó la joven—; fué y continuará siéndolo... porque indudablemente, recobrará la razón...

La hermana la miró un momento con ese disimulo peculiar de la gente devota: era la primera vez que se atrevía a levantar los ojos, atraída por aquel grito apasionado, en el que su sagaz espíritu femenino creyó adivinar la amarga queja de un amor inconfeso, criminal tal vez.

—¿ No habrá peligro en verle?—preguntó indiscretamente Pablo Estrada.

—No, ninguno; su locura es mansa; ¡ pobrecillo...! Cree que le persiguen; dice que todos los días recibe la visita de un ángel. Probablemente se habrá puesto así de trabajar o... ¡vaya uno a saber...! Cuentan que el mundo es tan malo...

Miró a Matilde de reojo, pero apartó la vista en seguida, avergonzada de aquella maternidad puesta tan de relieve. Después se detuvo frente a una puerta.

—Aquí es—dijo.

Y abrió.

Matilde Landaluce y Estrada quedaron en el corredor, dudando.

—Entren sin cuidado—agregó la religiosa—, no conoce a nadie.

Claudio Antúnez estaba sentado en un sillón, leyendo un libro: al ver a los visitantes se adelantó, saludándoles con exquisita cortesía.

—Supongo, hermana—dijo—, que estos señores vendrán a verme.

—Sí, hermano...

Y añadió bajando la voz y señalando un sofá.

—Siéntense, pueden hablarle de lo que gustan, porque responde muy acorde; únicamente desbarra cuando se acuerda de su manía.

Aquellos instantes fueron para Matilde de insoportable sufrimiento. Claudio estaba metamorfosado: las arrugas de su entrecejo eran más profundas, los ojos más lánguidos, más tristes, el semblante más demacrado; había perdido la gallardía de sus movimientos y aquella voz áspera, broncínea, de marinero viejo, abatido por la locura que condensó en pocos días la destructora labor de muchos años.

—¿ Vienen ustedes de Madrid? — preguntó Claudio.

—Sí, señor—repuso Estrada—; ¿ no se acuerda usted de nosotros?

Antúnez frunció las cejas queriendo recordar.

—¡ Oh, no es fácil; tengo tantos amigos...!

La Hermana de la Caridad escuchaba la conversación de pie, junto a la puerta, las manos cruzadas sobre el abdomen. Matilde se ahogaba, no pudiendo desatar el nudo que oprimía su garganta. Hubiera deseado estar sola con su amante para arrojarle a su cuello; era imposible que entonces, al sentirse el contacto de sus brazos, no se acordase de ella, de su Punto-Negro, tan querido, tan besado... Claudio, entre tanto, conver-



saba con Estrada, narrándole episodios de su vida artística; se expresaba bien, y únicamente a ratos se advertían las incongruencias de su pensamiento. El pintor refería sus pasados triunfos, su gloria perdida, y su rostro expresaba pesadumbre infinita.

—¡Cuánto, cuantísimo he trabajado! — exclamó—, ¿y para qué?... Mi nombre bajará a la tumba conmigo...

Recordando sus ambiciosos ensueños se parecía a Satanás, el gran proscrito, meditando en el paraíso perdido; o a Napoleón en Santa Elena, llorando su antiguo esplendor, su imperio deshecho. Matilde le contemplaba atónita. De pronto pudo hablar y habló, esperando que el eco de su voz causaría un milagro.

—¡Claudio!...

El pintor la miró rápidamente, estremeciéndose.

—Señora...

Por sus pupilas había cruzado una expresión fugitiva que alteró la pertinaz insistencia de la mirada. Pero aquello pasó y el milagro no se produjo. La joven añadió:

—Claudio, ¿no me conoce usted?...

Su voz temblaba, vibrante, magnética.

—Es probable — repuso Antúnez—; más en este momento... usted perdonará que no recuerde...

Entonces ella rompió a llorar.

—Usted está enfermo—exclamó—, ¿qué tiene usted?...

Había tocado el punto flaco de la demencia del pintor y el desdichado empezó a disparatar.

—Afirman que estoy loco—dijo—y por eso me trajeron aquí; pero juro por la memoria de lo más sagrado que la veo entrar en este cuarto, como por las mañanas veo, desde mi lecho la salida del

sol... Ella es quien origina la fuga de mis ideas...

Miró recelosamente en torno suyo y continuó:

—Esa mujer es mi ángel negro: penetra por cualquiera parte, surge del suelo, atraviesa los muros, desciende del techo, lleva el pelo suelto, viste una larga túnica vaporosa que sólo deja al descubierto las puntas de sus pies, blancos y diminutos, cual copos de nieve: llega de improviso sin ruido, moviendo sus enormes alas, negras y silenciosas como tinieblas... Hace mucho tiempo que me visita: al principio tuve miedo... después, su sonrisa y su ademán me tranquilizaron...

Detúvose un instante y añadió con la voz ahogada del hombre que discute consigo mismo:

—Sí, es ella; su mismo rostro, su boca, sus ojos... aquellos ojos que no pueden olvidarse después de mirados... Es ella, pero no recuerdo su nombre. ¡Oh, maldita cabeza mía!... No me acuerdo... y ella no quiere decírmelo...

Hubo algunos minutos de silencio. Pablo Estrada callaba, sobrecogido por un vago sentimiento de temor supersticioso; le parecía escuchar las confesiones de un hombre extraordinario, que habla con los muertos. El pintor continuó:

—Mi ángel negro viene muchas veces al día; de noche nunca se aparta de mi lado. Entra sin ruido, como la sombra que se desliza por una pared; permanece un instante quieto, apreciando el efecto que su aparición causa en mí; luego sonrío y se acerca... Ya sabéis que mi ángel negro es una mujer; una mujer a quien quise mucho, tanto... que, según aseguran, perdí el juicio por ella, mas de cuyo nombre no me acuerdo... Pues bien, esa mujer de mis ensueños sonrío continuamente, avanza con sus grandes alas negras recogidas, y se sienta a mi lado. Yo no sé cómo la recibo, pues su presencia me infunde miedo y ale-



gría, placer y dolor, frío de cuartana y calor de fragua... Y, no me preguntéis más—agregó excitadísimo y levantándose—; el recuerdo de estas visiones, reales o fingidas, me atormenta mucho, y algo extraño me anuncia que *ella* va a venir. ¡Ah!... si acaso llegase estando ustedes aquí, procuren verla; quiero convencerme de que no es un antojo lo que considero una realidad de hueso y carne...

Y como Matilde hiciese ademán de querer hablar, él continuó:

—Básteles saber que *ella*, me estrecha entre sus brazos y junta su boca con la mía, produciéndome cosquilleos inenarrables; que sus manos acarician mi cuello; que sus ojos, relampagueantes de pasión, me bañan en una mirada de fuego; y sobre tantas impresiones irresistibles, la de aquel beso largo, venenoso que arrebató el juicio; beso de vampiro, que chupa la sangre y mata besando. Y cuando me tiene así, convertido en un polichinela trágico presa de convulsiones epilépticas, abre sus alas y me cubre con ellas. Aquél es nuestro escondite, nuestro tálamo: el tálamo negro donde me asesina, mi lecho de muerte...

Calló y fué a reclinarse en su cama, al otro extremo del cuarto. La religiosa se había vuelto de espaldas para ocultar su turbación; Matilde lloraba, sofocando con su pañuelo sus suspiros. Claudio Antúnez sonreía, luego abrió los brazos, desmazelado, jadeante: era el ángel negro que le enloquecía con su beso eterno... Pablo Estrada aprovechó aquella ocasión para escapar.

—Vámonos — dijo —, vámonos antes de que despierte...

Y arrastró a su mujer tras sí.

Matilde salió tan acongojada que tuvo que beber algunos sorbos de agua para serenarse, y no quiso continuar viendo el manicomio. En la plaza

de la Constitución subieron al tranvía que iba a Madrid; eran las cuatro y media; la lluvia continuaba. Cuando el coche partió, Matilde Landaluce sintió que su hijo se estremecía violentamente. Allá lejos quedaba Claudio, amándola en su frenético delirio, muriendo por ella... y le pareció que las mulas que arrastraban el coche al trote largo, eran las ejecutoras inconscientes del Destino...

Desde aquella fecha, hasta que su embarazo la impidió salir a la calle, Matilde Landaluce estuvo dos veces en el manicomio: fué sola, a hurtadillas de su marido y de doña Carolina, y vió a Claudio, encontrándole siempre más demacrado, más decaído, y salió del hospital con el triste convencimiento de que la desventura del pintor era irremediable.

—Esto aumentó sus remordimientos; durante el día evitaba hablar con nadie, y por las noches su tormento crecía, viéndose expuesta a que los torpes halagos de Pablo envileciesen el duelo de su alma dolorida.

—¡Yo le maté, yo le maté...!—repetía.

Evocaba sus esfuerzos para separarle de la empecatada sociedad de sus amigos, fomentando en Claudio la pasión por el arte y el amor a la gloria, y los agasajos que más tarde desplegó para rendir la carne de Antúnez y retardar su enlace con Amparo Guillén. Todo aquello, ¿fué resultado de una pasión desequilibrada y exagerada hasta el delirio...? ¿Fué efecto de su temperamento sensual, nunca saciado...? Analizando minuciosamente los recónditos elementos primordiales de su pasión, hallaba mucho bueno y mucho malo, y esto último la desesperaba, redoblando su pena. Siempre tenía presente los detalles de su obra destructora. ¡Pobre Claudio...! A cada momento le daba un poco de amor, y en ese amor sin responsabilidad ninguna, un átomo de veneno, por-



que el deleite mata con un beleño que no deja señales. El crimen le preparó su obra a la locura: un crimen horrible vestido de amor y consumado en horas incalculables de caricias y de dulce abandono; traición que escapó a la perspicacia de los tribunales humanos... Recordaba los ataques de afasia que dejaban a Claudio balbuceando como un idiota; su claustrofobia, su impotencia, y no comprendía el ahinco insano con que siguió empujándole al hospital; y recordaba también los gritos suplicantes que el placer extremado arrancaba al pintor:

—¡Déjame, Punto-Negro, me matas...!

¡Oh...! ¡Y con qué fuerza resonaban en su cerebro aquellas frases acusadoras del amante cansado que implora el perdón de un deleite que sus nervios no pueden rehusar...!

El febril estado psicológico de Matilde aumentó de tal modo y determinó desarreglos fisiológicos tan considerables, que la joven hubo de guardar cama. Había entrado en el séptimo mes de su embarazo, y aunque no ofrecía síntomas de alumbramiento, doña Carolina y su yerno decidieron llamar a un médico.

Don José Tarazona era el mejor acreditado en el distrito. Llegó momentos antes de comer, disculpando su tardanza con sus numerosas y perentorias ocupaciones. Era un hombre de regular estatura, delgado, moreno, con el pelo y el bigote teñidos; frisaba en los cincuenta años y vestía de riguroso luto. A pesar del refinado atildamiento de su persona, su indumentaria no correspondía a las pingües ganancias que su gran clientela debía de proporcionarle; sus botas estaban muy limpias, pero hartas desgobernadas por el uso, los pantalones demasiado estrechos, ciñéndose ridículamente a las enjutas pantorrillas: la levita excesivamente larga, cayendo más abajo de las cor-

vas. Hablaba lentamente y mucho subrayando cada frase con una mirada y un gesto, ufano de que los circunstantes no le comprendiesen; y, no obstante su empaque de presuntuosa autoridad, Tarazona era un simple practicón que sólo conservaba en la memoria algunas generalidades científicas, con las cuales pretendía reanimar el espíritu del enfermo, deslumbrándole con grandes parrafadas de campanudo tecnicismo.

Cuando entró en la alcoba, precedido de Pablo Estrada, doña Carolina estaba junto al lecho, concluyendo de darle a su hija una taza de caldo. Don José saludó ceremoniosamente y Matilde le recibió sonriendo, tranquila: cual mujercita experimentada que ya sabe lo que son partos. Tarazona pronunció un breve discurso encaminado a ponderar el influjo bienhechor que el buen ánimo del enfermo ejerce en el curso de los padecimientos, y después la pulsó, informándose, de si padecía jaquecas, vértigos, etc...

—Bien, bien,—repetía—, todo eso es normal. Debe usted, sin embargo, sacar fuerzas de flaqueza y comer mucho, ese cuerpo está muy débil...

Deseando cerciorarse de la fecha del embarazo, o por querer ostentar sus conocimientos, manifestó deseos de reconocer a la joven.

—Estos reconocimientos — dijo — se practican por la palpación abdominal, el tacto vaginal o la auscultación obstétrica; yo me serviré únicamente del primer procedimiento, a fin de no molestar a la paciente.

Colocó a Matilde acostada sobre el dorso, con las caderas sobre una almohada y las piernas en semiflexión, y empezó a palparla el abdomen suavemente para determinar la relajación de los músculos ventrales y facilitar el reconocimiento. Maniobraba por debajo de las colchas, con la cabeza levantada y la vista fija en el techo, cual si



aquella actitud le ayudase a recoger mejor sus impresiones táctiles. Pablo y doña Carolina le miraban en silencio.

—El útero está perfectamente — dijo Tarazona—, aquí se perciben algunos tenues movimientos fetales... No me acordé de traer el estetoscopio, y por ahora no podemos apreciar los ruidos del corazón; pero, en fin; con lo visto, basta...

Formuló varias preguntas relativas al estado general de la enferma, recomendándola mucha serenidad de espíritu para recibir los acontecimientos, y se marchó llevándose en una botella los últimos orines de Matilde para analizarlos.

—Quiero saber — dijo — si hay en ellos ese producto que los médicos llamamos *kyesteína* y que se forma por la oxidación de un principio azoado que siempre hay en la orina.

Pablo Estrada hizo un signo afirmativo y Tarazona salió muy contento de que no le hubiesen entendido.

Aquel estado fué pasando y Matilde Landaluce volvió a levantarse, aunque sus piernas estaban tan débiles, que apenas podían sostenerla en pie: la palidez de sus mejillas exageraba la longitud del rostro; la nariz era más fina; la frente más ancha, como si las cavilaciones hubiesen despoblado las sienas de sus antiguos rizos; los labios menos perceptibles: sólo triunfaban los ojos, grandes, expresivos, revelando con su brillo la incesante labor del pensamiento; entenebrecido por la preocupación de que en un manicomio había un loco que continuaba muriendo de amor por ella y gozándola en fantásticos desposorios.

A mediados del octavo mes de embarazo, el volumen del vientre era tan considerable, que sólo podía andar apoyada en el brazo de Pablo, y tuvo que recurrir al empleo de una faja hipogástrica. Su respiración era trabajosa; sin duda, el

intestino recto, dilatado por la acumulación de materias fecales endurecidas, molestaba al útero, que a su vez oprimía al diafragma y éste a los pulmones: esto la producía sofocaciones, zumbidos de oídos o una leucorrea blanca abundantísima.

Un nuevo desarreglo, motivado por el mismo embarazo, contribuyó a exacerbar la invencible obsesión de su cerebro. Sufrió ataques desesperantes de prurito vulvaris; era una sensación cuya intensidad acrecía de noche: inútilmente procuró distraer su tormento con agua tibia; el deseo volvía con mayor ahinco, ahuyentando el sueño, y entonces discurría en su amante loco, mientras Pablo dormía tranquilo a su lado, roncando con la cabeza metida en un gorro negro de algodón. A ratos sentía necesidad imperiosa de consolarse viendo las chucherías que conservaba de Claudio y leyendo sus cartas. Entonces, alegando un pretexto cualquiera, se encerraba en su dormitorio y abría un departamento oculto de su lavabo: allí había cintas descoloridas donde Antúnez escribió fechas ya lejanas; mechoncitos de pelo, flores marchitas, retratos, alfileres... todo eso, en fin, que forma el enigmático alfabeto de los amores muertos; y muchas cartas; unas largas, escritas con tinta, otras pequeñas, trazadas con lápiz, rápidamente, en un trozo cualquiera de papel; pero todas apasionadas, vehementísimas, como las de Werther a Carlota.

Una de las últimas decía así:

«Tú no eres para mí la querida viciosa que divierte, ni la vieja amiga a quien referimos nuestras ansias, que rió y lloró con nosotros y nos fortificó con sus consejos: tú eres todo eso y algo más, que no acierto a decir. No sé cómo explicar mi pensamiento. Dime; ¿nunca, después de larga ausencia, visitaste un sitio donde fuiste feliz, y oído músicas olvidadas, y aspirado aëjos y que-



ridos perfumes?... Pues bien, algo semejante experimento yo a tu lado : tú eres para mí, pobre peregrino que no supo querer el sitio en que naciera, porque la suerte le impulsó a viajar demasiado pronto, el pedazo de tierra donde empecé a vivir, porque en tus brazos aprendí a amar ; tus halagos, escandecieron mis entrañas : tus palabras, fueron un conjuro inexpresable que ahuyenta mis tristezas ; el eco de tu voz, una armonía sugestiva que conmueve mis nervios y es para mí, lo que el rumor del Océano para el viejo marino que vuelve a la costa tras prolongado destierro ; lo que las melancólicas vibraciones de la campana del pueblo, para el caminante que torna a su hogar, pobre y rendido ; lo que una malagueña para el andaluz que sueña bajo el cielo brumoso de Londres con las sierras alpujarreñas bañadas por el sol... Sí, Punto-Negro ; tú eres eso, ¡ todo eso !... y algo más...»

El carácter violento y romántico de Claudio se traducía tan bien en su estilo, que leyendo aquellas cartas creía Matilde oírle hablar y ver sus movimientos impacientes, su modo de sentarse, los gestos de su rostro expresivo, caleidoscopio animado que reflejaba sin disimulo los pensamientos de su cerebro.

Entre tanto, la joven veía indiferente acercarse el momento del parto, como si aquel hijo tan esperado ya no la importase : y miraba tristemente a su madre, muy atareada en preparar las ropas de su nieto.

—¡ Quién iba a decirme—exclamaba doña Carolina bromeando—, que a mi edad tendría que ponerme las gafas para coser camisitas de niño... !

Pablo Estrada, oyéndola, solía sonreír con la fatuidad del hombre que tiene conciencia de su obra y vive satisfecho de sí mismo.

Una mañana la joven empezó a ofrecer sínto-

mas alarmantes de alumbramiento : había pasado una noche intranquila, volviéndose ya de un lado, ya de otro, sin saber qué postura adoptar, atormentada por los primeros dolores del período de dilatación : después de desayunarse experimentó un desasosiego en el bajo vientre, que la obligó a ausentarse, y que bien pronto se convirtió en dolor agudo. Resistió mucho tiempo sin quejarse, aferrada convulsivamente a los brazos del sillón y la vista fija en el suelo ; doña Carolina y su yerno, de pie junto a ella, la observaban.

—¡ Id a buscar a Tarazona ! — exclamó de pronto Matilde.

La anciana se acercó a su hija y la besó en la frente, con ese interés que liga a las mujeres en los grandes dolores : ella también había parido y sabía cuán terrible es esa tragedia de la carne.

—¿ Estás muy mal ?—preguntó.

—¡ Oh ! sí, sí... ¡ muy mal !

Quiso levantarse y no pudo ; doña Carolina llamó a Juliana, y entre ésta y Pablo, trasportaron a la joven a su dormitorio : allí la dejaron en pie, asida a uno de los pilares de la cama.

—Juliana irá en busca de don José—dijo Pablo.

—No, ve tú mismo y que Juliana se quede aquí ; la necesito.

Estrada salió apresuradamente, y Matilde, acongojada por un violento dolor, reclinó la cabeza en el seno de su madre. Pensó en el tormento de sus entrañas que se desgarraban ; en la inutilidad de su vida sin ilusiones ; en aquel hijo que va no podría ofrecer a Claudio, y en lo estéril, por tanto, de su sacrificio ; y presa de mortal congoja rompió a llorar.

—¿ Qué tienes ?—preguntó su madre, abrazándola—, ¿ qué tienes... ?

—¡ Oh mamá, mamá... ! ¡ Cuánto sufro !